uno, os diré solo como criterio para apreciar las condiciones de Allou como orador, que con ocasion de la defensa que hizo á nombre del general Trochú en 1872 en la causa contra el periódico *El Figaro*, defendido como sabeis por su constante patrono Lachaud, recibió de Thiers una carta de felicitacion que ha publicado uno de sus biógrafos, en que le decia: «La defensa de Vd. es una hermosa página de historia y una obra literaria de gran valor, á la vez que de verdadera elocuencia forense, y mejor dicho, de elocuencia política.»

No es de extrañar en el ilustre escritor y Presidente de la República francesa esta confusion entre ambos géneros oratorios y aun la preferencia que daba á la política; pero es un importante juicio crítico sobre el abogado y el orador y por eso os lo he presentado, evitando el exponer el de otros biógrafos.

Allou, en fin, es un gran letrado, especialmente en negocios civiles, y ya en la edad de retirarse se ha buscado un digno sucesor en su hijo Roger, que segun las críticas que se leen en los periódicos profesionales, promete y vale tanto como su padre.

Otro de los que merecen ser conocidos es Mr. Betolaud, que tambien ha sido Decano. Dedicado en su juventud á dar lecciones y repasos de Derecho para ganar su subsistencia, ha llegado á ser el abogado consultor de casi todas las Compañías de ferro-carriles, de la Banca, del Ayuntamiento de París y de la Beneficencia pública, despues de una vida laboriosísima y como pocas honrada. Formó su bufete al lado y bajo la proteccion de Duvergier, que nombrado Consejero de Estado en 1854, le dejó su estudio y clientela. Merced á la eficaz recomendacion que de él hizo á sus clientes que le habian visto trabajar allí asiduamente, afluyeron á su bufete los grandes negocios, esos que, no por la cantidad, sino por la importancia, hacen la fortuna y el nombre de abogado. Por eso Betolaud, en su discurso del decanato, dedicó á su antiguo maestro un recuerdo propio de una alma digna y agradecida. «Fué mi maestro venerado, dijo, hablando de Duvergier, me honró con su amistad y me dispensó su afecto: el discípulo reconocido no puede olvidar en este instante y en tal solemnidad los años de una intimidad para él dichosa y fecunda.»

Este abogado dista mucho de ser orador como Lachaud ni como Allou; es letrado y jurista antes que nada, sobre todo civilista, y una especialidad en la direccion de los negocios.

Es una verdad que la práctica enseña y que he oido yo de los autorizados lábios de Cortina y de Gonzalez Acebedo, que no siempre la elocuencia ni la sabiduría son las condiciones que dan el triunfo al abogado. Se puede hablar como Ciceron, escribir como Cervantes y aun conocer profundamente el Derecho y ser batido y derrotado